

JAY SANDOVAL

TOMO II

LA
TEORÍA
DE
KIM



CROSS
BOOKS

LA
TEORÍA
DE
KIM
JAY SANDOVAL

TOMO II

CROSS
BOOKS

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 216 y siguientes del Código Penal).

La teoría de Kim. Tomo II

© 2024, Jay Sandoval

Corrección de estilo: Jorge Giraldo

Diseño de interiores: Departamento de Arte y Diseño de Editorial Planeta Perú

Ilustración de cubierta: Dae @kkoowii_

Diseño de cubierta: Moisés Díaz Bruno @moe_diaz

© 2024, Editorial Planeta Perú S. A.

Bajo su sello editorial CrossBooks

Av. Juan de Aliaga N.º 425, of. 704, Magdalena del Mar
Lima, Perú

www.planetadelibros.com.pe

Primera edición: febrero 2024

Tiraje: 3000 ejemplares

ISBN: 978-612-4414-41-1

Depósito Legal N.º 2023-12627

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa
Pasaje María Auxiliadora N.º 156, Breña

Lima-Perú, febrero 2024

**NINGÚN FUTURO
ES REAL SI ELIJO
QUEDARME EN
EL PRESENTE.**

CALIFORNIA, CONDADO MARIPOSA
1 DE AGOSTO DE 1984.

Todas las realidades coexisten unas con otras al mismo tiempo. Los pasos y decisiones que tomamos cambian todo a nuestro alrededor a cada segundo. Pero ¿qué es un segundo? Después de todo, el tiempo no existe.

El sol se colaba entre los verdes follajes de California, marcando el final de las vacaciones de verano. El sonido de una guitarra acompañaba la luz que resplandecía en el jardín trasero de la casa de April Augustus Moon.

—Creí que esto sería divertido, pero veo que me equivoqué —dijo Sean Grace Kim, pasando los dedos por las cuerdas mientras veía a April escarbar la tierra.

—No actúes como bebé. Deja esa guitarra y ven a ayudarme.

—No tienes que ser grosero conmigo.

—Entonces, apresúrate. El abuelo volverá pronto y nos castigará si nos ve holgazaneando.

Hacía muchos años que Sean Grace había visitado, junto a su familia, la sala de su casa. En esos años, April no había vuelto a necesitar de nadie más para llenar sus tardes. Como cada final de estación desde que tenía memoria, se encargaba de cuidar el jardín que con tanto esmero había construido en compañía de su abuelo y en el que, obviamente, no podía faltar la ayuda del mayor de los chicos Kim.

Habían comenzado podando la maleza y haciendo nuevos injertos de flores en los alrededores de la casa. Ahora se encargaban de



colocar tierra abonada en las macetas que adornaban las ventanas y de recortar las hojas de la frondosa copa del árbol que caían hacia la ventana de la cocina.

—Como sea, debemos darnos prisa. Mañana es el inicio de nuestra gran vida como chicos de preparatoria.

April rodó los ojos. Recién había cumplido diecisiete años y realmente no le entusiasmaba la idea de la preparatoria. Pero Sean Grace estaba demasiado emocionado. Era de lo único que había hablado durante todo el verano, y justo en ese momento estaba a punto de ser aplastado por las ansias de que la mañana siguiente llegase.

—No es la gran cosa, relájate. Volveremos a la escuela, ¿qué más da?

—Serán los mejores años de nuestra vida, lo sé. Seré popular, las chicas me amarán y luego iré a la universidad para lograr salir de este pueblo.

—Ajá, y, según tú, ¿cómo vas a lograr todo eso?

—Entraré al equipo de béisbol. Ya verás, seré el capitán del equipo para cuando estemos en último año.

—Eres bastante ambicioso para alguien que debería estar ayudándome con las rosas —dijo April con tono alegre.

Sean Grace abrió los ojos, emocionado. Tenía poco más de diecisiete años y estaba en la cima del optimismo. Soñaba lúcidamente con un futuro prometedor, pero poco de eso le importaba cuando veía a su amigo sostener frente a él, con delicadeza, los tallos verdes para injertarlos en la tierra. Y es que Sean Grace amaba las rosas casi tanto como amaba el béisbol.

Su época favorita del año era aquella en la que los rosales comenzaban a florecer, pero, para que ello sucediera, primero debían plantarlos. Dejó su guitarra de lado y corrió hacia April para verlo colocar con lentitud los tallos entre la tierra, alrededor del gran árbol en el centro del jardín. Sean Grace sonrió cuando el otro lo hizo. En un par de meses, podría ver los rosales completamente llenos de color, y eso lo emocionaba más que cualquier cosa. Colocó sus manos en los hombros del muchacho con satisfacción. «Sí, definitivamente será un buen año», pensó.

Levantó su vista hacia el tronco del árbol; entonces, las viejas marcas en la corteza llamaron su atención.

—Oye, April. ¿Qué significan estos símbolos? —le preguntó mientras tocaba el tronco con suavidad.

Su amigo respondió con una sonrisa.

—Es mi nombre. Mi abuelo lo talló hace años, se supone que los símbolos significan ‘primavera’ y mi paso por la vida, pero me sorprende que aún se entienda.

—Luce increíble —le dijo. Su fascinación por el mundo era real cuando estaba en ese jardín. Se trataba de un Sean Grace capaz de amar hasta la brisa del verano.

April se puso de pie y cogió una pequeña navaja de jardinería.

—¿Quieres que escriba el tuyo? —le preguntó.

—¿Lo harás?

—Claro. —Clavó su navaja en la corteza—. Será el símbolo de tu paso por el mundo —dijo, imitando las palabras de su abuelo.

Sean Grace se sentó en la tierra mientras lo veía tallando. Siempre fue más alto que su amigo, pero se sintió pequeño en ese momento porque tenía miedo del futuro. Cuando terminó, April se acomodó a su lado dejando caer su espalda entre la grama. Sean Grace lo imitó y quedaron ambos viendo hacia el último cielo de su utopía.

—¿No estás asustado?

—¿De qué?

April volteó a verlo. Sean Grace estaba enfocado en el cielo mientras que él solo podía ver el perfil de su rostro. Nunca supo por qué le gustaba tanto verlo. Quizás era algo tan simple como lo bien que se sentía su compañía.

—Ya sabes, de nuestro futuro.

Sean Grace volteó su cuerpo hacia él, haciendo que se sobresaltara un poco. Estaban cerca, cara a cara. Le sonrió y extendió su brazo para colocar su mano sobre el pecho de April, quien, sin apartar los ojos, rogó al cielo que el chico no fuera capaz de sentir la forma en la que sus latidos aumentaron.

—No —dijo con serenidad viendo los ojos de Sean Grace, grandes por el miedo—, y tú... ¿estás asustado?

Tragó saliva con fuerza.

—Mucho —le contestó.

Una línea con una intersección a punto de convertirse en dos líneas en ángulos totalmente diferentes.



49 DÍAS ANTES DE...

Los humanos son masoquistas por defecto. Es genuinamente humano sentir atracción por las cosas que parecen difíciles y, más que eso, imposibles. Taylor nunca había sentido tanta urgencia por hallar una solución. Mientras Dakho dormía plácidamente abrazado a él, su mente no dejaba de pensar en aquello que le había contado en la noche de Halloween. Sus ojos no se despegaben del techo y el sonido del reloj en la oscuridad amenazaba con acabar con su paciencia.

Se pasó la mano por la frente, cansado. Estaba llegando a su límite. Por más que se hubiese pasado la última semana dándole vueltas a la situación, todos los caminos terminaban con alguno de los dos con pulso cero. En el futuro, Taylor estaba muerto. No sabía cómo ni dónde sucedería ni cuándo exactamente, pero, si la información que tenía Dakho era cierta, entonces no le quedaba mucho tiempo. «Mi hermano falleció cuando él tenía dieciocho años» eran las palabras que Sean Grace le había dicho a Dakho treinta y tres años en el futuro.

«¿Y si todo esto ya había pasado una vez?», se preguntó Taylor. ¿Qué tal si estaban atrapados en un ciclo que iba a repetirse sin descanso hasta causar el colapso de todas las líneas temporales? ¿Qué tal si era Dakho lo que estaba haciéndole daño, o peor, si era él mismo el propio detonante de su muerte? Se sentó en la orilla de la cama. No, no podía ser solo una cosa, era un conjunto de factores. «Quizás tuve un accidente —se dijo a sí mismo—, o enfermé. Tal vez me deprimí tanto que llegué a lastimarme a mí mismo o...

alguien más me mató. Alguien podría haberme llevado a hacerlo. Dakho podría ser incluso su propio (antagonista).

No podía más con sus pensamientos, lo estaban asfixiando. Se puso de pie y caminó hacia el baño en medio de la oscuridad. Encendió el tenue foco en su interior antes de abrir la llave del lavabo y mojarse el rostro y el cabello, pensando en que no había solución aparente para él. Se observó en el espejo. Si estaban atrapados en bucle, esto significaba que este se repetiría sin descanso hasta que lograra hacer que Dakho volviera al punto de inicio. Pero ¿cuál era exactamente ese punto? Porque, si sus conclusiones eran correctas, terminar con su experimento era el equivalente de aceptar su propio destino.

Pensó en su hermano, en su pierna lastimada. Podría lesionarse en algún partido, bajando las escaleras o pisando mal en medio de la calle. Sean había podido haber perseguido tan desesperadamente sus sueños que se había quedado a medio camino.

Se pasó una mano por el cuello. Su cabello estaba bastante largo. Abrió el buró bajo el lavabo y sacó de él unas tijeras para cortarse un poco el mechón que se escondía detrás de sus orejas. Pero, al hacerlo, comenzó a angustiarse. No tenía certeza de si ya estaba loco o no cuando comenzó a cortarse el cabello hacia los lados. Agitó la cabeza, como poseído. Dejó la tijera solo para detenerse ante el espejo y volverse a echar agua en la cara. ¿Qué tal si todo esto estaba en su imaginación y este mundo no era real? ¿O si era parte de la imaginación de alguien más y, entonces, él no era real? Tomando de nuevo la tijera, se cortó un trozo del mechón del frente sin dejar de ver su reflejo. O, peor, ¿qué pasaba si era real y no podía cambiar absolutamente nada? ¿Si al querer cambiar el destino solo caían en su juego, dejando que moldee la historia a su antojo? Sus teorías iban a aplastarlo por dentro.

Dakho despertó con el sonido del agua cayendo. Se movió inquieto entre las sábanas cuando notó la ausencia de Taylor y más aún cuando empezó a escuchar los jadeos que venían del baño. Fue velozmente hacia allá y se encontró con trozos de cabello en el piso. Taylor, que ahora había decidido bañarse con ropa, estaba parado dentro de la bañera y con el grifo de la ducha encendido. Aún tenía

¿Es la primera vez que pasa?

la tijera en la mano y los ojos abiertos mientras el agua caía sobre su cuerpo.

Era el comienzo de la locura.

—¡Taylor! —llamó Dakho—. ¿Qué te sucede?

Estaba a mitad de un colapso mental. Ni siquiera le contestó, apenas volteó a verlo. A Dakho no le importó, tomó una toalla del perchero y se aproximó a él para hacerlo salir de allí.

—Me dolía la cabeza —dijo con voz baja.

—¿Qué te hiciste? —le preguntó, preocupado, quitándole la tijera de las manos.

—No puedo pensar correctamente —respondió entre dientes, con voz temblorosa.

Dakho comenzó a revisarle el rostro, el cuello y las orejas para asegurarse de que no se hubiese lastimado, pero todo parecía en orden.

—Respira, vamos. Taylor, eres más fuerte que esto —le dijo.

—Dakho, mi cerebro se está volviendo inútil —sollozó. Su poca inteligencia emocional no aguantaba ese golpe a su intelecto—. No he podido avanzar con el experimento en estas dos últimas semanas.

—Claro que no... No te preocupes por eso. —Dakho le quitó el cabello del rostro para poder mirarlo—. Has dado mucho de ti mismo, te estás esforzando al máximo.

—No quiero estancarme para siempre.

—No lo harás, mírame bien. —Lo tomó del rostro—. No te esfuerces más, ¿sí? Tienes que descansar de esto.

—Pero necesitamos...

—Las respuestas están en mi cabeza, solo tenemos que sacarlas. ¿Está bien? Ahora, vas a regresar a la habitación, te pondrás ropa seca e irás a la cama, ¿entendido?

Taylor quiso contradecirlo, pero no pudo. Tenía razón, estaba exhausto. Así que asintió y, temblando, salió lentamente del baño. Dakho tomó otra toalla para secarle el cabello mientras el otro se cambiaba la ropa con parsimonia. Lo arrojó en la cama antes de acostarse a su lado. Pero, aunque quisiera, Taylor seguía sin poder conciliar el sueño. A diferencia de él, Dakho tenía el sueño pesado.

Últimamente entrenaba muy duro en el equipo, lo que hacía que cayera rendido apenas tocaba la almohada. Taylor no se equivocó al suponer que volvería a caer rendido poco después. Así que esperó a que sucediera mientras debatía mentalmente con la idea estúpida que se había clavado en su cabeza.

Dakho no podía acercarse al punto de origen, pero él sí.

La madrugada se asomó y él pudo contemplarla antes que todos.

Extrañamente, Sean había dejado de salir a correr. No le había preguntado aún la razón. Bajó al primer nivel de la casa y con su mochila al hombro caminó hacia la carretera.

¿Hasta dónde era capaz de llegar por obtener el conocimiento? No lo sabía y tenía miedo de averiguarlo.



Para cuando la mañana siguiente llegó y Dakho volvió a abrir los ojos, se topó nuevamente con la ausencia de Taylor.

Sus crisis eran menos frecuentes durante el día. Eso lo sabía. Se fijó en que no estaban ni su mochila ni los anteojos en el escritorio. Pero, como la escuela estaba abierta de nuevo, pensó que quizás querría llegar temprano. Lo único malo fue que ni se molestó en despertarlo. Y ya era tarde.

Se levantó apurado, tenía que ir a entrenar. El capitán Sean Grace les había avisado que el entrenamiento empezaría antes. Habían pasado dos semanas desde la noche en que la ciudad completa se vio sumida en la oscuridad. En algunas partes del pueblo no fue nada más que un apagón que duró unas cuantas horas; para los residentes de las zonas limítrofes, había significado tener que reparar fusibles y el cableado entero de varias casas.

Y la escuela, que había estado cerrada, finalmente había logrado ser habilitada. Estaban a casi nada de la final y debían recuperar todo el tiempo que habían perdido las últimas semanas. No quería sentirse culpable, pero quizás lo era. Incluso las personas del

ayuntamiento tuvieron que salir a recolectar fondos para reparar los daños de la central eléctrica del condado. Pero bien, él creía que, si los políticos no se robaran el dinero de los pobladores, estarían preparados para emergencias como esta.

A quién quería engañar. Sí, la habían jodido, y mucho. Les tomó días reparar las luces de la casa, mientras que en el centro algunas calles seguían cerradas por la falta de electricidad. Se abofeteó mentalmente, porque o aprendía a dominar sus impulsos eléctricos o vivía en abstinencia lo que le quedaba de existencia. Y lo segundo no era una opción.

El entrenamiento inició de manera rigurosa. Sean Grace los había hecho pasar de trotar a correr por veinte minutos sin descanso solo como calentamiento. Pero entendía el trasfondo. Dakho comenzaba a creer que podía tener un buen futuro como jugador universitario. En su época, aún le faltaban seis meses para aplicar a alguna universidad. Sean Grace, el del futuro, le había dicho que podía quedarse a estudiar en California, pero hasta el momento solo tenía una oferta en Boston. Ahora podía ver el deporte como una oportunidad. Así que, si lograba regresar, no dudaría ni por un segundo en marcharse hacia el norte.

En fin, él y el resto de los jugadores se dirigieron hacia el vestidor de camino a las duchas. No se sentía particularmente incómodo, pero le parecía irónico el ambiente de no homosexualidad que intentaban proyectar todos mientras se cambiaban. Eran un montón de hombres charlando en ropa interior y cubiertos por toallas. Y, bueno, a él le parecía un escenario conocido. #NOHOMO)

Se duchó rápidamente. Contó dos minutos exactos y apagó la llave. No es que no le gustara bañarse, es que tenía miedo de que su cuerpo tuviera una reacción con el agua. Según Taylor —y de acuerdo con los apuntes que había leído sin permiso—, la última vez se había tardado cuatro minutos exactos en colapsar dentro del agua, así que prefería no arriesgarse.

Salió del cubículo con la toalla en su cintura. Fue hasta su casillero para vestirse y echarse un poco del desodorante que le había robado a Sean Grace, pero escuchó voces y tuvo el presentimiento de que estaban hablando de él.

—Vaya, vaya... —dijo Tom, uno de los mejores bateadores—. Alguien se ha vuelto popular.

Otro de los chicos río.

—Parece que a Han le gusta lo rudo.

Dakho se dio la vuelta observándolos con una ceja alzada mientras tomaba su pantalón para comenzar a vestirse.

—¿Qué insinúan? —les preguntó, sonriente. Los chicos de último año eran las personas con las que más tiempo pasaba entre entrenamiento y clases. No podía evitar hablarles.

—Vamos, amigo. Tienes la espalda llena de arañazos. ¿Qué clase de chica te hizo eso?

—Una con manos de oso —bromeó alguien, y todos echaron a reír.

Dakho rodó los ojos. No podía mentir, aunque habían pasado dos semanas, todavía tenía marcas rojas sobre sus omóplatos, innegablemente causadas por uñas.

—Ya que les importa tanto, confesaré que tengo gustos muy específicos.

Todos abuchearon, emocionados.

—Debe ser cosa de asiáticos —dijo otro, riendo.

—Por favor, que haya logrado en un par de meses lo que tú no has conseguido en años no me hace un bicho raro —respondió Dakho, y los abucheos incrementaron.

Ajeno al escándalo, Sean Grace apareció detrás de ellos con el cabello aún húmedo.

—¿A ver, de qué hablan, payasos? —preguntó uniéndose a la conversación.

—Que Dakho tiene una chica y no quiere hablar de ella.

—Ah, ¿sí? ¿Un par de meses y has conseguido liarte con alguien? —Sean Grace lo miró, inquieto. A él también le resultaba curiosa su misteriosa pareja—. ¿Qué clase de persona se fijaría en ti, en primer lugar? —se burló y los demás rieron.

—Tú sabes quién —dijo, y se jactó mentalmente. Sabía hacia dónde iban las palabras acusadoras de Sean Grace, así que no dudó en perturbar su paz—. Pues sí, mis gustos son *bastante* específicos.

Nunca he podido resistirme a alguien castaño, de piernas largas y sonrisa bonita.

Se formó un alboroto.

—¡Detalles, detalles! —clamó otro de los muchachos, y los demás lo siguieron.

—Sin comentarios. La privacidad es importante para mí, no soy un degenerado como ustedes —dijo Dakho, sellándose con un gesto los labios.

Sean Grace se quedó callado. Habían pasado cosas muy extrañas y eso incluía que en la única persona en quien podía confiar era Augustus Moon. Primero, tenía que resolver el problema de que hubiese dos lunáticos intentando capturarlo. Segundo, tenía que cambiar de estrategia si quería recuperar a su chica. Tercero, ganar la final y entrar a la maldita universidad. Y cuarto, pero no menos importante, sacar de su cabeza la idea de que Taylor se había desviado. Porque no existía manera de que su hermanito se estuviera tirando a Han, ¿cierto?

Agitó la cabeza. Tenía que ir un paso a la vez y poner en marcha su plan para conseguir la información que quería. Para comenzar, apelar al lado amable de su eslabón débil.

—Muchachos —interrumpió—, en lugar de estar holgazaneando, deberían terminar de vestirse, tenemos muchas cosas que hacer.

Todos voltearon a verlo confundidos.

—Dijiste que el entrenamiento terminaría temprano —cuestionó uno de los reclutas más jóvenes.

—Yo nunca dije que había terminado —respondió Sean Grace, y sonrió de lado.

—¿Y entonces por qué salimos del campo?

Sean Grace había encontrado la forma de ya no ser burlado. Y no dejaría que su orgullo le arrebatara una gran oportunidad.

—Hoy haremos algo diferente.

El tiempo pasaba, y ya nadie estaba dispuesto a seguir el guion del destino.



Romeo y Taylor tenían el mismo dilema: buscaban poseer algo que parecía remotamente imposible. Ya sea un amor o un conocimiento prohibido. En el caso particular de Taylor, buscaba ambos. Se había acercado al área cercada del bosque, pero se acobardó a medio camino. Entrar allí, sabiendo todo lo que sabía, era definitivamente un suicidio.

Así que ahí estaba, de regreso a la escuela, a tiempo para su ensayo con el club de teatro. Tranquilo, como quien no tuvo una crisis existencial a las tres de la mañana.

Le gustaba estar en el teatro porque, mientras más leía la historia, más fácil le resultaba asimilar sus propias emociones. Las emociones irracionales de sus protagonistas lo hacían sentirse menos exagerado. Y se sorprendía a sí mismo enlazando acciones y diálogos que jamás creyó que funcionarían juntos. Nunca se había interesado en las lecturas de ficción tanto como ahora.

Lograba tranquilizarse un poco con la lectura, aunque todavía estaba inquieto. Las cosas en su interior no habían sanado, y su vida en peligro definitivamente no desaparecería de su cabeza con tanta facilidad.

Aprovechó para practicar en soledad en el escenario vacío. Llevaba el cabello esponjado, y no importaban las veces que había intentado planchar su ropa, su camisa estaba arrugada y sus pantalones, rotos. Había perdido la compostura. Estaba tan enfrascado en su lectura que no notó que Haru llegó al auditorio tranquilamente, sonriendo feliz de verlo. Se había encomendado para una tarea y encontrar a solas al menor de los Kim hacía más fácil su trabajo.

Se acercó sin hacer ruido y le tocó la espalda. Cuando Taylor volteó a verlo, quiso saludarlo, pero la boca de Haru fue más rápida que su filtro moral.

—¿Qué diablos te pasó?! —dijo, aturdido por su presencia.

«¿Este niño se unió a una secta o a una banda de rock?», pensó Haru.

—Tuve un colapso mental. ¿Por qué?

—No, por nada... Te queda bien.

—No mientas.

—¿Por qué mentiría?

—Porque sé que me veo asqueroso. —Taylor volteó la cara y se presionó los ojos con los dedos.

—No, no. Te ves bien, lo digo en serio, pero podría ser mejor.

—Haru abrió su mochila y sacó una lata de fijador para el cabello—. Un poco de *spray*, la camisa más abierta y quedarás listo para la conquista.

Taylor quiso reírse, pero no pudo. Esto de tener hada madrina le gustaba mucho. Volvió a mirar a Haru y se inclinó hacia el frente para quedar a su altura. Las manos de Haru sobre su cabello lo relajaron. Le roció un poco de fijador y le acomodó el flequillo. El recorrido de sus dedos le despertó un escalofrío que parecía no pertenecer a ese tiempo.

Otros estudiantes comenzaron a entrar por la parte posterior y Taylor levantó una mirada de duda hacia a su amigo.

—No sabía que tendríamos compañía hoy.

—No creerías que montarías un musical con un solo actor, ¿o sí?

—¿De dónde sacaste más actores?

—Convencí a la profesora de música para incluir chicos de secundaria, así que... —Volteó hacia la entrada y reconoció a SunHee entrando tímidamente—. Ahí viene tu coestrella —le susurró, inclinandose hacia su oreja.

Taylor se sintió avergonzado. Era la persona por quien había tenido un amor platónico secreto, o ya no tanto. Haru la había estado visitando en su casa para practicar a escondidas.

—¿Qué? No le tengas miedo a tu suegra, Taylor.

—No es mi suegra, y no le tengo miedo.

—Entonces, no hay ningún problema. —Sonrió y terminó de revolverle el cabello.

—A veces te detesto tanto.

—¡Ah, por cierto! —le recordó Haru antes de marcharse—. Ten. Te lo envía tu novio Dakho.

—¡No es mi novio! —contestó exaltado.

—A ver, amiguito. —Suspiró—. Vives con él, lo besas, le pides su opinión sobre tu ropa, le compras comida, le cepillas el cabello... Hasta donde yo veo, adoptaste un novio salvaje del bosque.

—Eso no lo hace... —soltó Taylor, titubeando.

—Te acostaste con él —dijo Haru directamente, y el otro se ahogó con su saliva—. Ponle la etiqueta que quieras a lo que sea que tengan.

—No debí contarte eso.

—Siéntete feliz. No todos tenemos la suerte de encontrar un novio en medio de la nada y llevarlo a casa para que nos cocine y nos diga que somos bonitos. ¿O sí..., «Pastelito»?

Taylor iba a gritarle cuando repentinamente el bullicio cesó. Las puertas principales del auditorio se abrieron, causando un gran estruendo. Los estudiantes de primer año que la maestra de música había obligado a que ayudaran con la obra alzaron la vista deteniendo sus labores. Taylor ladeó la cabeza. O estaba más ciego que de costumbre o todos estaban enloqueciendo a su ritmo. Ni Haru se esperaba que la puerta se abriera para dejar entrar al equipo completo de béisbol, incluyendo a Dakho y Sean Grace con ellos.

—¿Pero qué mierda sucede? —masculló mientras los veía acercarse. Volteó a ver a Taylor—. Tú ve a practicar, yo tengo que encargarme de una plaga.

Saltó del escenario y caminó rápidamente hacia Sean Grace.

—¡Sorpresa! —le dijo el mayor de los Kim, en tono sarcástico, al ver la confusión en su rostro—. Llegó la verdadera ayuda.

—¡Chicos...! Qué alegría verlos aquí... —respondió, fingiendo sonreír—. ¿Nos darían un segundo? ¿Sí? Bueno, gracias. —Jaló a Sean Grace del brazo arrastrándolo cerca del telón para luego murmurar—: ¿Qué mierda crees que haces?

—Dijiste que querías uno o dos chicos fuertes que te ayudaran con el auditorio. Así que, bueno, traje nueve.

—¡Estaba bromeando contigo!

—Pero yo no. Así que... —Sonrió levemente, y Haru se estremeció—. Me debes una.

Al parecer, Sean Grace había convencido a los chicos diciéndoles que firmaría sus hojas de actividad extraescolar solo si cooperaban con la obra. Aunque Haru no sabía si quería cooperar con Sean Grace con aquello de «ayudarlo» con su enamoramiento, le dio gracia el juego estúpido de Kim y aceptó el reto.

—Siete —dijo burlón.

—¿Qué cosa?

—Dakho no cuenta; él ya es mi ayudante oficial. Y tú solo vienes aquí para molestar a Sunny. Así que solo trajiste siete personas.

Sean Grace le sonrió, y Haru no pudo evitar imitarlo.

—¿Y son suficientes para que me dejes estar aquí? —dijo en tono tierno—. Seré bueno, lo prometo.

Haru frunció el ceño. Esto iba de mal en peor para su dignidad.

—Está bien, pero no olvides que te odio mucho por esto —respondió resignado.

—Lo tendré presente.

Ambos caminaron de regreso hacia el equipo. Sean Grace no ocultaba su sonrisa ni Haru, su cara enrojecida.

—Entonces, chicos —empezó Haru—. Ustedes dos, los más altos, ayuden con las luces. —Miró a los demás chicos del equipo—. Ustedes tres, a colgar la luna de la viga de arriba, y tú —dijo señalando al moreno que lo miraba con desagrado—, ayúdame a sacar la utilería de la bodega.

—¿Qué hay de mí? —preguntó Sean Grace.

—Toma un cepillo y quita la pelusa del telón. Ah, y cuando termines, quita la goma de mascar bajo las butacas.

—¡¿Qué clase de tarea es esa?!

—Tú dijiste que venías a ayudar. ¡Cómo lo siento! —le contestó mostrándole su labio inferior—. Así que, si no te molesta, iré a ensayar con mi actriz principal mientras trabajas.

Augustus Moon le dio la espalda y dejó a Sean Grace con una expresión de fastidio, mirando cómo iba en dirección a la chica que lo esperaba feliz de verlo. Sabía que April estaba disfrutando mucho su frustración, y vaya que quería golpearlo por eso.

Mientras tanto, Haru no había tomado en cuenta al jugador faltante. Dakho se alejó de su grupo para colarse detrás del escenario. Taylor aún no era lo suficientemente sociable, y estaba seguro de que lo encontraría allí. Se escabulló detrás de las tramoyas y lo sacudió por los hombros, haciéndolo estremecer.

—Hola, Julieta.

—¡No hagas eso! —Taylor se sobresaltó, y al verlo le dio un pequeño empujón—. Y no me digas Julieta aquí, tarado.

—¿No lo eres?

—No, soy Romeo. Tu madre me ha quitado el papel.

—Oh, no me digas que te decepciona no salir con peluca.

—No me jodas, la peluca es lo de menos. Las líneas son lo importante.

—No seas pesimista, lo haces genial.

—Como sea, no sé por qué sigo haciendo esto si ni siquiera sé si llegaré al final del año escolar.

Taylor lo miró desafiante. Dakho suspiró; sí, la había jodido contándole, pero al menos sentía la conciencia limpia y en paz.

—¿Cómo te sientes? —dijo preocupado, con sus enormes ojos oscuros atentos al chico.

—Naturalmente, cansado de mi vida, pero está bien.

—En lugar de pensar así deberíamos enfocarnos en avanzar con el experimento.

—No puedo, estoy ensayando —le respondió dándole la espalda. Estaba en una clase de acción evasiva para no deprimirse, tratando de mantenerse ocupado para no pensar en nada más.

—Me gusta lo que le hiciste a tu cabello —dijo Dakho al verlo de espaldas.

Se había cortado ligeramente los costados y la capa superior de su cabello, que había quedado algo larga, lo hacía lucir como si tuviera una especie de *mullet* despeinado. Al no recibir respuesta, se acercó hacia su nuca y trazó una línea con su respiración hasta su oreja.

—También me gusta cómo te queda el pantalón que tienes hoy.

—¿Qué te pasa, animal? Hay como quince personas allí afuera. —Taylor se removió para separarse.

—Lo sé, pero, en vista de que te gusta ignorarme, me veo en la necesidad de tomar medidas desesperadas para obtener tu atención —dijo—. Además, tengo la obligación moral de cuestionarme si tus piernas se ven igual de bien sin ellos.

Taylor se volteó para observarlo con una ceja alzada.

—Idiota.

—Ya sé, pero —respondió con gracia para molestarlo— ahora que ya tengo tu atención, quiero saber si recibiste mi nota.

—Ah, eso. Sí. Pero no la he leído. Cuando pienso en ti recuerdo que estoy molesto contigo porque eres un estúpido y me enoja conmigo mismo también.

—Cuánta frialdad. ¿Por eso no has parado de insultarme desde que me has visto?

—Imbécil —sentenció Taylor, entrecerrando los ojos.

—Eso ya lo sabemos; ahora vamos, vamos. Lee mi nota.

Taylor suspiró y sacó el trozo de papel doblado en cuatro. Lo extendió y alzó la vista a Dakho, confundido.

—¿Un anuncio? —preguntó, deteniéndose a leer la nota. Era una publicidad de la nueva exposición de un museo en una ciudad vecina.

—Es una galería sobre la mitología griega —dijo emocionado—. No creo que sean las pinturas originales, pero lo poco que se ve parece prometedor. Es su último día de exhibición, así que espero una respuesta tuya pronto.

—¿Respuesta de qué?

—Dale la vuelta a la hoja, genio.

Taylor obedeció.

—«Tú, yo, cita, hoy» —leyó en voz alta, intentando contener la risa que se le escapó sin querer.

